



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

Obispo

Homilía del Excmo. Mons. Ángel F. Caraballo Fermín, con ocasión de la Ordenación Presbiteral del Diácono Jesús Antonio Rosillo Reyes, Santa Iglesia Catedral de Cabimas.

“El Señor me ha ungido. Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos.” (Is 61, 3).

¡Cantaré eternamente tu amor, Señor!, hemos repetido varias veces en el Salmo responsorial, en esta liturgia, en la que un hijo de nuestra Diócesis, proveniente de El Mene, recibirá la ordenación presbiteral, y será constituido pastor del Pueblo de Dios.

Doy la bienvenida a todos los sacerdotes, que impondrán sus manos sobre el diácono Jesús y lo recibirán, con un abrazo, en el presbiterio diocesano. Saludo, especialmente, a los padres de Jesús: Nelly y Jesús y a su hermana, Belén, y familiares, y les agradezco el don que hacen a la Iglesia. Tener un hijo sacerdote en la familia es un gran regalo que hace Dios. Y a todos ustedes hermanos que están aquí presentes, y a aquellos que nos siguen a través de las redes sociales. Oremos, todos, a fin de que Jesús, en su ser y actuar, sea una transparencia de Jesús, el buen pastor.

Sabemos que el sacerdocio es un don y un misterio; un regalo, un acto de generosidad y predilección, que el Señor, en su gran bondad y misericordia, concede a pocas personas.

San Juan Pablo II, en su libro *Don y Misterio*, en el cual relata episodios de su ministerio sacerdotal, dice: *“El Sacerdocio es don y misterio. ¿Cuál es la historia de mi vocación sacerdotal? La conoce sobre todo Dios. En su dimensión más profunda, toda vocación sacerdotal es un gran misterio, es un don que supera infinitamente al hombre. Cada uno de nosotros sacerdotes lo experimenta claramente durante toda la vida. Ante la grandeza de este don sentimos cuan indignos somos de ello”*. (Don y Misterio).

Y tú, Jesús, cuando te pregunté sobre el origen de tu vocación, me respondiste: *“En líneas generales, creo que pasé toda mi vida buscando algo verdadero, buscando el amor verdadero, algo que me hiciera pleno. Anduve por mil caminos, lo intenté todo fuera de Dios y no funcionó. Particularmente, en la JMJ de Río de Janeiro sentí cómo Dios me tocaba de una forma especial. Un día después de ver la diversidad de carismas que existían en nuestra Iglesia en la Feria Vocacional, aproveché la ocasión para confesarme. Después de recibir este sacramento me quedé totalmente en silencio, era como si hubiese quedado imposibilitado para hablar. Pensé que podía donarle a Dios algunos años de vida en la misión, pero sentí en mi interior una voz muy fuerte que me llenó de temor: YO NO QUIERO UNOS AÑOS DE TU VIDA, YO QUIERO TODA TU VIDA, YO TE QUIERO PARA MÍ... Después de esto, inicié un proceso de discernimiento y, efectivamente, era lo que Dios siempre había estado tratando de decirme y a lo que yo me opuse tantas veces: Dios me llamaba al sacerdocio”*.

Y hoy, después de un largo proceso de formación realizado en Roma, vas a dar un SÍ, total y pleno, exclusivo a Dios, en presencia de esta asamblea, que te acompaña. Y el Señor te volverá a decir: Jesús: YO NO QUIERO UNOS AÑOS DE TU VIDA, YO QUIERO TODA TU VIDA, YO TE QUIERO PARA MÍ, y harás tuyas las palabras del Salmista: *“El Señor es el lote de mi heredad y mi copa; mi suerte está en tu mano: me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad”* (Sal, 15).

Te confieso que, antes de que te conociera personalmente en Roma, ya había recibido excelentes referencias de ti, especialmente del trabajo que realizaste en las Obras Misionales Pontificias y en el Área de la Comunicación de la Diócesis. Y, a pesar de que prácticamente el proceso de formación lo realizaste en Roma, nunca se te sintió lejos de esta Iglesia particular, la tenías en tu corazón, orabas por ella y eras consciente de que la servirías como pastor, en estos momentos de pandemia y de crisis. Y quedé edificado cuando me dijiste: *“yo creo, sinceramente, que nunca ha sido un mejor momento para ser sacerdote, para arriesgar tu vida tal vez llevando un sacramento, una oportunidad de vivir con más profunda convicción el ser sacerdote y entregar tu vida en oración por las personas que tienes a tu cuidado”*.

Las lecturas que elegiste para esta celebración, nos hablan de la acción misionera del sacerdote. En la primera lectura, hemos escuchado *“el Señor me ha ungido. Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres”* (Is 61, 1). San Pablo nos recuerda que *“no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor, y nosotros no somos más que servidores de ustedes por amor de Jesús”* (2Cor 4, 5). Y el Señor nos asegura *“los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero”* (Jn 15, 16).

En sus predicaciones, el Papa Francisco, entre las múltiples recomendaciones que nos hace, constantemente nos recuerda un aspecto que el sacerdote debe cumplir para ejercer genuinamente su acción evangelizadora: nunca olvidar que el sacerdote es un hombre consagrado a Dios y la necesidad de cultivar su vida espiritual.

Queridos hermanos, el sacerdote es un hombre consagrado a Dios, así lo expresa claramente el documento el Orden de los Presbíteros, del Concilio Vaticano II: *“los sacerdotes están obligados de manera especial a alcanzar esa perfección ya que, consagrados de manera nueva a Dios por la recepción del sacramento del orden, se convierten en instrumentos vivos de Cristo”* (PO, 12).

Al respecto, es útil recordar el ejemplo de San Pablo que vivía como apóstol totalmente consagrado a Dios, pues había sido alcanzado por Cristo Jesús y lo había abandonado todo para vivir en unión con Él (Flp 3, 7-12). Se sentía tan colmado de la vida de Cristo, que podía decir con toda franqueza: *“no vivo yo, sino es Cristo quien vive en mí”* (Gál 2, 20). Y, a pesar de todo ello, este hombre de Dios, no se vio libre de tentaciones y limitaciones, sufría un aguijón en su carne, una prueba de la cual no había sido librado (Cf. 2Cor 12, 7).

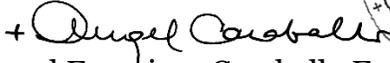
Asimismo, querido Jesús, teniendo presente este ejemplo, te aconsejo a vivir tu propia consagración permaneciendo unido a Cristo y dejándote imbuir por su Espíritu, a pesar de las experiencias de tus limitaciones humanas. Nunca pongas óbice a la Gracia de Dios. Más bien, procura que la gracia que recibirás hoy con la imposición de mis manos se acreciente cada día, a través de los medios que la Iglesia nos ha señalado: la celebración cotidiana la Misa, el rezo adecuado de la Liturgia de las Horas, la Visita al Santísimo Sacramento, el rezo diario del Santo Rosario, la meditación y la recepción periódica del sacramento de la confesión.

El consejo que, en su tiempo, dio San Pablo a Timoteo es bueno que siempre lo tengas presente: *“Te invito a que reavives el don de Dios que recibiste por la imposición de mis manos” (2Tim 1, 6)*. Cuando no cuidamos nuestra vida espiritual, cuando nos alejamos de Dios, *“el sacerdote en lugar de ser ungido, termina siendo grasiento”*, dice el papa Francisco. Y sabemos el daño terrible que hace un sacerdote grasiento, es decir, mundano, mediocre. Es ese tipo de sacerdotes que ponen las fuerzas en cosas artificiales, son mundanos. E, incluso, en el ejercicio de su ministerio, en vez de buscar la gloria de Dios, busca su propia gloria y el bienestar personal. Y así surgen, lamentablemente, todo tipo de sacerdotes: el sacerdote especulador y empresario; sacerdotes que cuidan de manera ostentosa la liturgia para figurar, se preocupan por el prestigio, pero que no están realmente insertos en el pueblo fiel; sacerdotes que muestran sus conquistas sociales y políticas, mostrando su liderazgo puramente humano; sacerdotes que les gusta mostrarse a sí mismos, que despliegan una densa vida social llena de salidas, reuniones, cenas, recepciones, olvidándose de sus compromisos estrictamente sacerdotales. **¡Y ya sabemos cómo terminan este tipo de sacerdotes!**

Querido Jesús, el pueblo fiel quiere ver en ti, a Cristo, cabeza, pastor y esposo de la Iglesia. Recuerda que tu servicio al Pueblo de Dios comienza en tu unión con el Señor. Recuerda que el alma de todo apostolado es la vida espiritual. No olvides cuál es tu identidad. ¡Tu identidad es ser Cristo! - Por eso, los fieles esperan del sacerdote *“que se destaque claramente el carácter sacerdotal: esperan que el sacerdote, no se niegue a administrar los sacramentos, que esté dispuesto a acoger a todos sin constituirse en jefe o militante de banderías humanas, sean del tipo que sean; que ponga amor y devoción en la celebración de la Santa Misa, que se siente al confesionario, que consuele a los enfermos y a los afligidos, que tenga consejo y caridad con los necesitados. En una palabra: se pide al sacerdote que aprenda a no estorbar la presencia de Dios en él”* (San Josemaría, Sacerdotes para la eternidad).

Apreciados sacerdotes, le pregunté a Jesús qué esperaba él del presbiterio diocesano, y me respondió: *“Pido que me sigan apoyando, que me enseñen con su testimonio y sus dones, con su espiritualidad y santidad de cada día, a ser un buen pastor. Aunque amo mucho a mi Diócesis de Cabimas, que me sigan enseñando a amarla más. Espero que me reciban, me instruyan, me traten como un hermano. Espero de mi Clero UNA FAMILIA”*. Es nuestro compromiso, y sé que no me equivoco al asegurarle a Jesús que lo cumpliremos fielmente.

Estamos en la Catedral, en este Santuario que custodia las reliquias de Nuestra Señora del Rosario y San Benito de Palermo. A ellos encomiendo tu sacerdocio. Que María se te muestre siempre como madre llena de ternura y amor. Y San Benito de Palermo te anime a amar a los pobres, que son los últimos de la sociedad, pero los preferidos de Jesús, por los cuales él fue enviado por el Padre Eterno. Amén.

+ 
✠ Ángel Francisco Caraballo Fermin
Obispo de Cabimas

